

PABLO HERMOSO DE MENDOZA

EL CORAZÓN DE LOS CABALLOS



Índice

Portada

1. UN POTRO SIN DOMAR

La forja del carácter
Mis caballos no eran de cartón
Una época «terror-hípica»
El obstáculo del colegio

2. EN EL PICADERO

Un rodeo diabólico
El chico que susurraba a los caballos
Un psiquiatra autodidacta
Como el Llanero Solitario
Lecciones de técnica... y de vida

3. VALOR Y AL TORO

Las embestidas de Miguelito
El Volatinero y un pañuelico rojo
En Pamplona, como un pavero
El miedo de Cafetero
Contrabando en el Bidasoa
La solución del yoga
Historias de la puta mili

4. MENOS MAL QUE ESTABA PORTUGAL

Al «nuevo mundo» en un diésel
Con el Mozart del rejoneo
Ética y estética de la equitación
Lecciones de anatomía
Miradas de artista
Un tesoro escondido
Galopa, caballo cuatralbo

5. EL GRAN SALTO DE CAGANCHO

Una fama sin precio

La generación del cambio

Una revolución burguesa

Cantos de sirenas

El ajedrez de la lidia

Sentir a los caballos

6. ESPÍRITU DE GUERREROS

Viajes de alto standing

Doctorado ante la cátedra

La salud es lo primero

Atención veinticuatro horas

Ajustes y desajustes

Contra el instinto

Un odio fratricida

7. LA LUCHA POR LA DIGNIDAD

Entrando en la historia

A caballo ganador

El toro, un respeto

Cornadas «de caballo»

Dentro del caos

Caballería frente a infantería

8. BALANCE A PASO LENTO

¡Que viva México!

El refugio de Zarapuz

El Rolls-Royce de los caballos

La vida es corta

Compañeros del alma y de batalla

Argumentos de vida

Y aún sigo en Estella

Ilustraciones

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

1

UN POTRO SIN DOMAR

Puede que la primera vez que me montara en un caballo lo hiciera ya en una plaza de toros. Desde que se inauguró la de Estella, Casimiro, mi abuelo paterno, era el encargado de sacar el tiro de mulillas en las corridas de las fiestas de San Andrés. El hombre tenía caballerías de tiro, que alquilaba para engancharlas a esas galeras enormes con las que antiguamente se transportaban las cosechas y los materiales de construcción, o incluso se hacían las mudanzas. Lo del arrastre de los toros lo tenía Casimiro como un capricho, para lucir bien enjaezadas ante sus paisanos a sus mejores cabalgaduras. Y también a sus nietos, porque desde que teníamos tres o cuatro añitos a mis hermanos y a mí nos subían a un caballo, prácticamente atados para que no nos cayéramos, para hacer de simpáticos alguacilillos las tardes de corrida. Parece que desde crío yo estaba ya predestinado a hacer en mi vida miles de paseillos más desde lo alto de una silla de montar.

Mi familia siempre ha estado ligada a los caballos, unos animales con los que he tenido relación prácticamente desde que empecé a andar, antes de tener uso de razón. Pero en mi casa, aunque tampoco nos faltaba lo básico, no nos sobraba de nada. Si les pedía a los Reyes Magos una bicicleta, me traían unos calzoncillos y unos guantes, que era lo que de verdad necesitaba. Quiero decir que la mía no era la típica familia adinerada que tenía caballos para disfrutar de una afición de lujo, sino que los utilizaba como elementos de trabajo, de duro trabajo, para sacar adelante a una prole de cuatro hermanos: dos mujeres, mis hermanas mayores Juana y Feli, y dos varones, Juan Andrés y yo, que soy el menor de todos.

Mi madre, que se llama Natividad Cantón, tenía también una tiendecita en el centro de Estella. De ultramarinos, como se decía entonces. Allí vendía pan, verduras, bacalao seco, latas de conservas, fruta... y muchas veces tenía que fiarles la compra a las vecinas. Pero yo creo que, aun así, era de la tienda de donde realmente comíamos todos en esa casa. Daba unos ingresos más o menos regulares todos los meses, mientras que el de los caballos era un negocio muy inestable, con rachas buenas y otras malas que no dejaban nada.

Mi padre, que se llama como yo, era quien se encargaba de ellos, acostumbrado desde chaval a trabajar con mi abuelo con los animales de tiro y de labranza, aunque más adelante, durante el servicio militar, también le tocó al mando un capitán que le fomentó la afición al caballo de silla, como se decía en aquella época. Cuando yo vine al mundo, él aún vendía la leche de las vacas que tenía, mientras que mi madre abrió la tienda para ayudar a la economía familiar. Pero a los pocos años pudo cumplir por fin su sueño: quitó la vaquería y abrió un picadero en el paseo de Los Llanos, el pulmón verde de Estella.

Compró unos cuantos caballos y se dedicó a alquilárselos a los turistas los fines de semana o para rutas de largo recorrido: para el Camino de Santiago, que pasa por mi pueblo, para la romería del Rocío o incluso para cabalgar por toda la provincia, en excursiones que podían ser hasta de un mes. Aquello, claro, iba por temporadas y no dejaba mucho dinero al año, aunque mi padre vivía como le gustaba vivir. Y en el fondo creo que gastaba más de lo que ganaba, porque cuando se encaprichaba con un caballo luego no lo podía vender en el precio que él pensaba. Nunca hizo grandes negocios con aquello, pero estaba dedicado a su pasión en cuerpo y alma.

Pablo padre era, y sigue siendo con más de ochenta años, un hombre muy trabajador, curtido y endurecido en el campo. Le encantaba entonces domar caballos. Y lo hacía a su manera, al estilo de la zona y en un nivel básico, porque no tenía tanta información como hay ahora. Pero,

eso sí, siempre lo hacía con buen gusto. Trabajaba una equitación muy a la inglesa, la de la hípica y los concursos de salto, usando filetes suaves para la boca de los caballos y espuelas solo de contacto, sin ruleta ni aristas punzantes. No conocíamos la doma a la vaquera, la andaluza, que en aquel entonces era mucho más severa para el animal, aunque él procuraba acudir a lugares donde podía aprender o mejorar sus conocimientos, como el picadero de Tarabusi, en Bilbao, o en salones del caballo como el que se celebraba en París. Y eso, que fue positivo para él, a la postre también acabaría siéndolo para mí cuando tuve que forjar mi propia manera de torear a caballo.

Yo nací en pleno *babyboom* de los años sesenta, el 11 de abril de 1966, en Estella, que pertenece a la provincia de Navarra y está a mitad de camino entre Pamplona y Logroño. El nombre del pueblo creo que viene de Campus Stellae, porque lo atraviesa el Camino de Santiago que lleva a Compostela. Y en euskera también le dicen Lizarra, que significa «tierra de fresnos». Pero le llamen como le llamen, es un pueblo muy bonito, rodeado de naturaleza, situado entre la sierra de Urbasa y la ribera del Ebro, donde desemboca el río Ega.

También le dicen «la Toledo del norte», porque está llena de historia y tiene muchísimos edificios y monumentos antiguos de muchos estilos: iglesias, palacios, casonas con blasones, conventos... La fundó, según he leído, el rey navarro Sancho Ramírez en el año 1090 para atender a los peregrinos, que encontraban abrigo del viento y el frío entre las colinas que protegen el sitio. Siempre me dijeron que por Estella estuvieron los caballeros templarios, en la Edad Media, y luego muchos comerciantes judíos que aprovechaban el trasiego del camino. Será por eso por lo que mis paisanos son gente recia y orgullosa, que aguantaron batallas y asedios en los años del carlismo, pero también sencillos y trabajadores. En los años de mi infancia el pueblo tendría unos diez mil habitantes. Había muchos mercados por sus calles y los alrededores estaban llenos de huertas y de endrinos para hacer pacharán.

Cuando era más niño, pasaba mucho tiempo con mi abuelo Casimiro, al que adoraba y que, como mi padre, andaba siempre comprando animales. Además de los caballos de tiro, también tenía vacas de leche y algunas cabras. A mí me dejaba ordeñarlas, y con la que caía en el cubo hacíamos luego arroz con leche. Todos los días, hasta que casi cumplió los noventa años, el abuelo se bajaba en el carro hasta la huerta, donde almorzaba, y luego se subía con él lleno de alfalfa para las vacas. Así fue como me crié yo, en contacto permanente con la naturaleza y con los animales.

Mis primeros recuerdos de caballos son de uno al que llamábamos Chaval, con el que aprendimos a montar todos los hermanos. Era un caballo rojizo, de pelo alazán. Y, aunque ya era maduro, tenía todavía mucho nervio. Iba siempre retrotado, moviéndose muy encendido, pero lo bueno es que nunca se salía de control. Cuando fuimos creciendo, mi hermano y yo hacíamos de guías de los turistas, de la gente que alquilaba los caballos para darse una vuelta por los alrededores del pueblo los fines de semana. Para nosotros no era plato de gusto, pero entendíamos que había que apoyar el negocio de casa.

Lo del turismo ecuestre está ahora muy de moda. Solo en la zona de Tierra Estella y alrededores hay ya tres o cuatro hípicas que se dedican a ello, pero en esa época no era un negocio muy habitual, y en cuarenta kilómetros a la redonda, hasta Pamplona, únicamente estaba la nuestra. Así que, quisiéramos o no, desde críos teníamos que irnos con los clientes, tanto para controlar a los caballos como a la misma gente, para que no les diera por correr y se accidentaran. Porque a todos les pasaba lo mismo: pagaban una hora de alquiler y querían pasársela entera galopando como si estuvieran en el oeste. Los hermanos teníamos que ir lidiando con ellos, poniéndoles excusas y contándoles milongas para que no se desmadraran: que si había piedras en el suelo, que si el terreno era resbaladizo... Era la única manera de evitar complicaciones, y también de que los caballos se gastaran lo menos posible.

Yo empecé a montar con tres o cuatro años, casi desde que me sacaron de alguacilillo. Y desde los seis, prácticamente lo hacía a diario. Pero no era algo que me resultara muy divertido o agradable, sobre todo en algunas épocas en las que pasé mucho miedo con algunos caballos difíciles que tuvimos por casa. Mi padre es un hombre que se hace querer, pero tiene un carácter muy fuerte que se reflejaba entonces en una gran exigencia para con sus hijos en el tema de la hípica. Todos los hermanos le teníamos un respeto tremendo, aunque nunca llegara a ponernos la mano encima, ni siquiera para darnos un cachete. Recuerdo que, estando solos en las cuadras, en cuanto oíamos que él llegaba en un viejo Jeep Willis largo del Ejército —al que llamábamos «la piragua» porque le entraba agua por todos lados—, nos íbamos corriendo a por una escoba o a por un cepillo para que no viera que estábamos parados, que era algo que no soportaba. Era muy riguroso con nosotros y desde niños nos hizo trabajar de una manera muy responsable, sin distracciones.

Pasado un tiempo puso otro picadero en Pamplona que funcionó fenomenalmente porque, como estaba pegado a la Universidad de Navarra, le dieron la concesión para que fuera centro de la asignatura optativa de Hípica de la carrera de Educación Física. Todos los días mi padre se marchaba por las mañanas a la capital y ya no volvía hasta la noche. Pero en Estella seguíamos teniendo caballos. Y entre semana, cuando no trabajaban, los sacábamos al campo, por los alrededores del pueblo, para que comieran hierba y salieran de la cuadra. A la tarde, cuando terminaba la escuela, era yo quien se encargaba de ir a buscarlos para llevarlos de nuevo a casa, cepillarlos a todos, pues en invierno llegaban de barro hasta las orejas, y darles de comer y de beber.

Allí las tareas del colegio eran lo de menos: a mi padre lo que le importaba es que cuidara bien a los animales. Y yo feliz, porque estudiar no me gustaba en absoluto. A veces no tenía más remedio que hacer los deberes, pero ya era a última hora de la tarde y estaba distraído pensando en los

caballos. Tendría ocho o nueve años cuando empecé a afrontar todas esas responsabilidades de la casa. Pero eso, que ahora nos puede parecer una aberración, era un sentido natural de la vida del campo en aquella época. No era una obligación que tu padre te impusiera por capricho, sino porque todos teníamos que colaborar para salir adelante.

Claro que para mí tampoco suponía ningún esfuerzo, al menos yo no tenía esa sensación. Al contrario, tan mal estudiante como era, lo único que quería era encargarme de los caballos. Todas las mañanas, cuando iba —siempre tarde— de camino al colegio, me pasaba por las cuadras deseando que mi padre me hiciera algún encargo, que hubiera algo que hacer para quedarme. Y cuando por suerte lo había, yo me volvía loco de contento por hacer «pifa», como decíamos en mi pueblo a lo que otros chavales conocen como pellas, rabona o novillos. Pero, claro, luego llegaba la correspondiente bronca de mi madre, que se llevaba unos disgustos enormes porque quería que yo estudiase a toda costa.

LA FORJA DEL CARÁCTER

Uno de los regalos paternos que más me gustó fue uno que me hizo cuando tenía ocho años: llevarme con él a participar en el raid hípico de Aquitania, una carrera de treinta kilómetros todo terreno, al otro lado de la frontera con Francia. O, lo que es lo mismo, ¡dos semanas sin ir a clase! Porque a mi padre, que era muy *echao p'álante*, no se le ocurrió otra cosa —según él, para ir entrenando la resistencia de los animales— que ir a caballo desde Estella hasta Pau. Eran fechas de pleno invierno y, desde que salimos hasta que llegamos, sin hacer un solo kilómetro que no fuera en la silla de montar, nos siguió una lluvia constante que no paró en ninguno de los ocho días de camino. Aquello fue durísimo: el agua me entraba por la cabeza y me salía por las botas, empapándome enseguida el impermeable rojo que llevaba. Así que, sin más remedio, me quedaba quieto y aterido de frío encima de Apache, mi caballo.

En el grupo íbamos seis personas y, al final de cada jornada, mi padre se adelantaba en un taxi o en lo que pillara hasta el pueblo más cercano para ir buscándonos alojamiento a nosotros y a los caballos. Entonces yo me pasaba al suyo, el Bombita, que llevaba una montura americana a la que no se le podían graduar los estribos, y tenía que apoyarme un ratito en uno y luego en otro mientras llevaba del ronزال a Apache hasta el lugar donde nos habíamos citado. Y así pasó un día tras otro, con lluvia y un frío tremendo al atravesar esos puertos del Pirineo, echando horas y horas a caballo durante una semana larga, hasta que entramos en Pau.

Todo fue bien en la carrera, pues incluso gané mi primer premio al jinete más joven, y de regreso nos trajeron a la frontera en un camión. Pero en cuanto nos dejaron, nos montamos de nuevo a caballo para volver a casa. Posteriormente he corrido algunos raids más como aquel, pero de todas las especialidades hípicas que conozco es la que menos me ha gustado. Ver a aquellos animales al límite de sus

fuerzas fue una experiencia que no me dejó una huella agradable. Afortunadamente, en la actualidad se hacen controles muy severos de la resistencia de los caballos que participan en ellos ya que entonces aquello era un «todo vale» en el que algunos se entregaban hasta la misma muerte.

Pero por duro que fuera todo, para mí, un chavalín de ocho años, se trataba de unas vivencias extraordinarias, una aventura de la que, gracias a mi padre, podía presumir y disfrutar. Aquello no estaba al alcance de ninguno de mis amigos ni de cualquier crío de esa edad, que solo las veían en las películas. Ahora que los tiempos y las mentalidades han cambiado tanto, yo no me imagino haciéndole pasar a un hijo mío la dureza de aquella travesía, y menos con los medios precarios de la época, pero lo cierto es que lo aguantábamos todo y no nos pasaba nada. Aunque fuera por obligación, creo que entonces la vida nos hacía mucho más duros y seguro que más felices.

De todos los hermanos, Juana y yo éramos los que teníamos más afición a los temas hípicas. Pero ella, igual que Feli, prefirió estudiar e ir a la universidad, para orgullo de mi madre. En cambio, los caballos fueron el centro de toda mi infancia. De hecho, no me recuerdo apenas jugando a otras cosas que no tuvieran relación con ellos. Además, apenas salíamos del pueblo, pendientes siempre de la cuadra. Si acaso, algún día suelto del verano, unos tíos nos llevaban a San Sebastián a bañarnos en la playa de la Concha y a montar en las atracciones de Igueldo.

Sería por eso, de tanto estar juntos, por lo que Juan Andrés y yo siempre andábamos peleándonos desde que amanecía. Éramos como la noche y el día. Él era estudioso y ordenadísimo, el típico niño que hacía enteras las colecciones de cromos y que se ponía a leer tebeos tranquilamente. Pero yo era como el rabo de una lagartija, siempre en la calle y pensando solo en hacer putadas, sobre todo a mi hermano, al que me gustaba fastidiarle y hacerle de rabiar, hasta que se hartaba y empezábamos a canearnos. Así nos pasábamos la vida.

Juan Andrés, que es tres años mayor que yo, llegó a odiar todo ese mundo del caballo porque trabajar con ellos y con los turistas era para él, más que una obligación, un castigo que le impedía jugar al fútbol, su pasión personal. Por eso, en cuanto pudo se desmarcó del asunto. Y mi padre, que tanto le reñía y despotricaba contra el baloncito, empezó también a exigirle menos que a mí porque entendía que no le podía forzar a hacer lo que no quería ni le gustaba.

En lo que a mí respecta, aquella exigencia paterna me marcó para siempre como persona, porque me acostumbré a no rendirme jamás, a no abandonar, a imponerme siempre el sentido de la responsabilidad por duro que fuera el reto o el trabajo que tuviera que hacer. Y eso que tuve experiencias muy complicadas a una edad muy tierna. Como, por ejemplo, esa de ir a buscar los caballos al campo cuando salía de la escuela, algo que, a simple vista, puede parecer muy fácil y hasta divertido para un niño, pero... Lo que en primavera y en verano era hasta un placer, en invierno se convertía en un calvario. Había días durísimos, con llovizna y temperaturas casi bajo cero, en los que me tenía que ir por los prados embarrados con el mismo calzado que llevaba al colegio.

Cuando no los encontraba, teníamos una especie de reclamo para llamarlos, un grito fuerte pero como para adentro, «¡buuuuaaa, buuuuuaaa!», al que Bombita siempre contestaba con un relincho. Pero el problema es que el caballo solo lo hacía una vez, era como un «aquí estoy», y sin más orientación yo tenía que ir hacia él en la oscuridad. En esas noches de invierno y sin luna era toda una odisea. Sabía que si encontrabas a uno, los otros estaban alrededor, pero poco más. Y tenía que buscarlos casi a ciegas, con los oídos muy alerta para escuchar el mínimo ruido que hicieran y me diera más información.

Pero ese no era el único problema, porque al encontrarlos, en esos días de lluvia, los nudos de las cuerdas con que estaban atados al suelo se habían apretado tanto con el agua que no había manera de soltarlos. Tenía que macha-

carlos con dos piedras o cortar la soga con la navaja que siempre llevaba encima aunque no me la dejaran tener en el colegio. Por eso me recuerdo siempre con las manos llenas de sabañones y quemadas por el frío. Pasaba un rato horroroso porque, además, los caballos se ponían de culo contra la lluvia, y si los querías girar para soltarlos no te dejaban. Tenía que empujarlos con todas mis fuerzas para que se dieran la vuelta. Y así, uno tras otro, eran hasta nueve caballos los que tenía que bajar a la cuadra fuera como fuera, porque no podían pasar la noche en el campo.

Hubo muchos momentos en los que lloré de impotencia, pero mi responsabilidad y, sobre todo, mi afición a estos animales, me hacían seguir adelante y salvar cualquier contrariedad por dura que fuera para un chaval de mi edad. Y así le echaba habilidad y, cuando conseguía soltar al primer caballo, lo que hacía era amarrarlo a un árbol. De esa forma, según iba soltando a los otros, y con el del árbol como referencia, los ataba a la cola del de delante hasta hacer una fila larga, lo que se dice una reata. O, a veces, si no podía desatar a alguno, la solución era quitarle el cabezal, que se quedaba en el campo con la cuerda, y agarrarle por el cuello con mi propio cinturón. De una u otra manera, la cuestión es que nunca me fui sin todos los caballos de los prados.

Fue así como esa exigencia y esa dureza diaria fue generando en mí una capacidad de lucha que me ha acompañado y me ha servido durante toda mi vida. Y que me convenció de que, si peleas y piensas, encuentras una solución para casi todo. No te puedes rendir, ni tampoco llevar las ideas preconcebidas, sino que hay que tener habilidad, ingenio y capacidad de reacción para resolver cualquier dificultad sobre la marcha. Porque siempre hay un camino, una salida.

En aquella época sobreviví a cientos de coces, pisotones, accidentes y caídas. Era solo un niño, sin la fuerza de un hombre para tratar con aquellos animales que cualquier día podían arrastrarme o pasarme por encima. Pero aun así, tuve un don especial para que me sucedieran menos acci-

dentes de los normales en esos casos, y muy pocos de consideración. Entre los cinco y los quince años me caería de un caballo unas sesenta o setenta veces, pero con ninguna lesión grave.

En cambio, a mi hermano Juan Andrés, que echaba muchas menos horas que yo, le ocurrían muchos más problemas que a mí, probablemente por el poco entusiasmo que ponía. Recuerdo perfectamente el día que el Morico, un medio poni que teníamos, le tiró en una escombrera y el hombre llegó a casa ensangrentado de los pies a la cabeza, despellejado vivo. Fue todo un drama en la familia. No me extraña que, con tantos berrinches, no quisiera ni oír hablar de los caballos.